

28 M

JORGE ANDRES PATIÑO MERCHAN CHACAL NEGRO...



Capítulo 1

28 M.

Por: Jorge Andrés Patiño Merchán - CHACAL NEGRO...

PRIMERA PARTE...

Con un notable nerviosismo María Quijano; una mujer delgada de cabellos largos y oscuros de aproximadamente unos cuarenta y siete años de edad, ve con insistencia y angustia el pequeño y redondo reloj con bordes rojos que está sujeto en la pared que comunica la sala de estar con la cocina de su casa. Pegada a una antigua camándula de madera, heredada de su madre, eleva entre sollozos miles de plegarias dirigidas a la Virgen María, o cualquier Santo que la esté escuchando en estos momentos de angustiada zozobra, la suplica que su único hijo y la razón de su vida vuelva pronto a casa, sano y salvo tal y como lo había visto por última vez en horas de la mañana cuando salió de su hogar rumbo al trabajo.

Pese a sus intentos por tratar de mantener la calma; tiene un horrible presentimiento, eso que sólo las madres tienen y que llaman sexto sentido, que le petrifica los nervios y le encoge el corazón como si estuviera siendo aplastando por una pesada carga... Con el paso de los minutos su angustia aumenta al no tener noticias de su hijo, cuya última llamada fue en eso de las cinco de la tarde, diciéndole con voz agitada y de manera muy rápida -Má, estoy bien, no se preocupe. Mas tarde nos vemos, Te Quiero-. Desde ese momento su corazón de madre le dijo que algo no estaba bien. Pero fue tan corta la llamada que no tuvo tiempo para decirle nada más que -cuídate, Te Quiero, vuelve pronto a casa-.

Siente que se le sale el corazón del pecho cada vez que escucha la sirena de una patrulla de policía o la atemorizante sirena de una ambulancia cuando pasan cerca a su casa como alma que lleva el diablo.

Nuevamente mira el reloj con bordes rojos y constata la hora en el celular, son las once de la noche pasadas. Un torrencial aguacero cae sobre las templadas calles de Santiago de Cali, capital del departamento de Valle del Cauca; tercer ciudad más grande e importante de Colombia, conocida por sus mujeres hermosas, por la feria de Cali que se celebra del 24 al 31 de diciembre. También conocida a nivel internacional como la capital de la música salsa -género musical que hace vibrar millones de corazones con

sus ritmos románticos y pachangueros; que resalta la alegría, la fuerza y la vida de nuestros ciudadanos-. Una ciudad que, como todo el territorio colombiano, ha sido marcada por el violento paso del narcotráfico que se ha enquistado en la mente y el corazón de nuestros ciudadanos como un mal que corrompe las instituciones de un Estado paralizado y corrupto que esta secuestrado por una elite política y económica a pesar de ser considerado democrático, Un mal que incluso es capaz de corromper hasta la persona más buena y honesta que pueda existir. Simplemente Cali es el reflejo y la punta del iceberg de un país marcado por la violencia, la desigualdad, la pobreza, la falta de oportunidades, el desempleo, entre tantos otros problemas sociales que azotan a Colombia.

Preocupada camina en dirección a la ventana que da a la calle, ve hacia todas direcciones esperando encontrar con los ojos a su hijo amado caminando a casa, pero nada, la calle se ve solitaria. Vuelve y se sienta en el sillón de la sala donde ha estado esperando toda la noche, se cubre las piernas con un delgado chal que lleva puesto y no pudiendo hacer más que esperar se aferra a la fe divina a la que pide que traiga pronto su hijo a casa.

Desde el comienzo del paro nacional, o gran estallido social como los medios nacionales lo han querido llamar, María Quijano y en general toda la ciudad de Cali no han podido disfrutar de un día de paz o tranquilidad, aunque sea utópico pensar que en un país sumido en la violencia se puede vivir en paz y más aún cuando no se sabe cómo se llegara a fin de mes, haciendo una y mil maromas, para estirar el salario mínimo que se gana trabajando como cajera de un almacena de cadena, especialmente cuando se le acumulan los gastos del hogar, arriendo, servicios públicos, alimentación, y el del crédito que saco a una entidad bancaria para que su hijo estudie y no corra con la desafortunada suerte que ella tuvo, -y eso que solo somos dos- como se ha dicho en varias oportunidades para sus adentros.

Recuerda que hace unos cuantos días hablaba de ello con Katherine una compañera de su trabajo, que al igual que ella es madre soltera de dos adolescentes. En una charla que tenían, Katherine culpaba a los dirigentes del país, en especial los congresistas y ministros que, habiendo nacido en cuna de oro, educados en los mejores colegios y las mejores universidades, con la tripa llena, y sin haber aguantado un solo día hambre o necesidades, cómo iban a entender por las necesidades que pasaban la gente del común, aquellos que ven con desprecio desde la ventana de sus oficinas y de los que solo se acuerdan en época de elecciones. -Pero que les va a importar si ellos ganan bien, comen rico y andan en camioneta blindada con guardaespaldas- habría contestado María con una sonrisa irónica en la boca.

María Quijano Robles es la mayor de tres hermanos, oriunda de una pequeña vereda llamada Nuevo Porvenir ubicada aproximadamente a diez

horas en bus, atravesando trochas y caminos de herradura, de la ciudad de Cali. Su niñez corrió en relativa tranquilidad entre jugarretas con sus hermanos y vecinos, largas caminatas a la escuela, el duro trabajo del campo, y la paz que le brindaba las noches despejadas con cielo estrellado y de luna llena. Pero la dicha le sería cortada de tajo un funesto 11 de junio del año 19..., -recuerda que- entrados sus once años, un grupo de individuos vestidos con prendas militares, fusil terciado al hombro y motosierra en mano se presentaron en su hogar paterno sobre las doce de la noche. Sin previo aviso y de manera violenta entraron a la casa amenazándolos a todos que los iban a matar porque tenía información que nosotros -un puñado de humildes campesinos- colaborábamos con la guerrilla.

Esa noche el pánico se apodero de todos. Mi madre y mi padre entre suplicas y lloriqueos explicaban que ellos no tenían ninguna relación con la guerrilla ni ningún grupo armado, que solo se dedicaban a trabajar la tierra. Recuerda que, aquel hombre que llevaba puesto un pasamontaña negro y que tenía voz ronca y fuerte se sentó entre risas en una silla del comedor, segundos después le pego con el puño un fuerte golpe a la mesa del comedor y dando un grito mando a callar a todos, pero como su hermanito menor, producto del miedo, no pudo hacerlo este saco una pistola que tenía guardaba en una funda del pantalón y le pegó un tiro en el pecho.

Su padre fue obligado a entregar las escrituras de la casa y de la finca en la que vivían, después fue amordazado y lo ejecutaron de dos tiros, uno en el pecho y otro en la cabeza. Sacaron a su madre, a su segundo hermano y allá a empujones de la casa y le prendieron fuego con los dos cuerpos adentro. Esa noche los dejaron vivir con la condición que nunca volvieran, lo cual sucedió, y aún más después de fallecer su madre y de desconocer el paradero del único hermano que tenía.

Su vida después de ese suceso no volvió a ser la misma, y si bien no es necesario ahondar en su desgracia, si cabe resaltar que después de la muerte de su padre y de su hermano, llegó una madrugada, en compañía de su otro hermano y de su madre a Cali. Después de mucho vagar y de noches interminables durmiendo en el piso, una mano gentil le dio trabajo a su madre con el que pudieron pagar el arriendo de un pequeño apartamento, ella no pudo seguir estudiando ya que se vio en la necesidad trabajar para ayudar en la casa. Y así trascurren sus días entre más penas que alegrías.

Ella entiende el inconformismo y la rabia que le generan a su hijo las decisiones tomadas por el gobierno; ella también comparte ese sentimiento puesto que vive con esa carga a diario, y no es tonta para no darse cuenta que su hijo sabe lo duro que le toca trabajar para ganar un salario que no le alcanza para terminar el mes, lo mucho que sufre y la vida tan pesada que ella lleva -hay que tener paciencia- le habría dicho un

día -pero la paciencia no da de comer- le contesto en esa oportunidad su hijo.

Pero si bien es cierto que ella entiende los motivos que llevan a su hijo a salir a las calles a protestar, incluso si ella pudiera lo acompañaría, en contra de un gobierno alejado de la dura realidad de un país, que es dirigido por personas que se encuentran encerradas en su burbuja de opulencia y comodidad; no comparte el entusiasmo de su hijo, su actitud rebelde y revolucionaria, y su entre comillas valentía que, aunque lo niegue, lo lleva a enfrentarse con miembros de la fuerza pública. -Que a su modo de ver son hijos del pueblo protegiendo a una elite política corrupta que por el afán de mantener su estatus, opulencia y condición privilegiada hunden a un país en la pobreza y la desigualdad-. Y aunque quisiera poder amarrarlo a la pata de la cama, sabe que esto no serviría de nada puesto que su carácter rebelde, heredado de su padre, sumado a su carácter idealista y revolucionario que heredo de ella lo convierte en un joven muy inteligente pero así mismo demasiado problemático e inconformista.

Ansiosa María Quijano enciende el equipo de sonido que está a su derecha, una vieja casetera que esta encima de en un mueble en madera color café claro; pone la emisora de la ciudad y de inmediato lo único que escucha son noticias que hablan del estado de anarquía en la que está sumida la ciudad; otras hablan que a esta hora perduran los fuertes enfrentamientos entre miembros de la fuerza pública y manifestantes que comenzaron muy temprano en la tarde; otras noticias hablan que los enfrentamientos dejan al menos un centenar de personas heridas, incluso de habla de personas muertas y desaparecidas,. Pero sin lugar a duda la noticia que más llama su atención es el resumen de la rueda de prensa que dio el alcalde de la ciudad en los medios locales, en donde dijo que, autoriza a la fuerza pública a hacer todo lo que esté a su alcance y lo que sea necesario, que lleve a retomar el control de la situación de orden público en la ciudad. Noticia que la dejo a punto de colapsar ya que, siendo colombiana, conoce de primera mano lo que implica una orden de ese tipo.

Lagrimas recorren por su pálido rostro al escuchar la nota informativa de la radio local. Apaga la radio, toma el teléfono y llama por decimoquinta o decimosexta vez, algo así, a su hijo. Pero como en las veces anteriores pasa directamente a correo de voz, como si estuviera apagado o sin señal. Entra desde su celular a Facebook y lo único que aparece en la pantalla de inicio o de noticias son videos precariamente grabados desde teléfonos móviles en los que se observa el estado de caos en el que está sumida la ciudad de Cali. Con fuertes confrontaciones entre encapuchados y la fuerza pública, graves denuncias de abuso policía, videos que muestran heridos tirados en el andén gramando y pidiendo ayuda, y lo más preocupante de todo, graves denuncias que hablan de la intervención de civiles armados que escoltados por la policía disparan en contra de los

manifestantes. Al ver estas escenas desoladoras documentadas por manifestantes y espectadores en sus teléfonos móviles, siente que su corazón se desgarró a pedazos, bloquea el celular y nuevamente eleva su rostro al cielo en señal de súplica mientras esboza entre sollozos agitadas plegarias donde ruega que su hijo vuelva pronto a casa.

Pasadas las tres de la mañana, consumida por el cansancio y llevada por la desesperación, María se quedó dormida en el sofá de su casa. Despertando de golpe en eso de las seis y media de la mañana, temblorosa y asustada después de haber tenido una espantosa pesadilla, - todo comenzó en una sala de hospital donde estaba acostada encima de una cama con un niño recién nacido en sus brazos, después se vio en un funeral del otro lado de una reja que la impedía pasar a ver al difunto a pesar de su esfuerzo por hacerlo-. El sueño fue tan escabroso que se levantó de golpe, corriendo de inmediato a la habitación de su hijo para cerciorarse si había llegado. Al llegar a la puerta, encontró su cuarto tal y como lo había dejado desde el día anterior. Situación que la dejó con el corazón en la mano y aún más preocupada y nerviosa que antes, lo volvió a llamar y como las decimoquinta o sexta vez anterior paso directamente a sistema correo de voz.

Siempre manteniendo la esperanza de ver a su hijo sano y salvo, atravesando la puerta de la entrada de la casa, con una sonrisa coqueta y traviesa, y con las excusas mal inventadas que siempre le decía. María entro a la cocina y se entretuvo preparando el desayuno de ambos.

Cada nada volvía la vista a la puerta de la calle con la ilusión de ver a su hijo llegando a casa, caminando hacia donde estaba ella parada mientras terminaba de cuadrar los pormenores de una excusa mal inventada que lo justificara por haberse ido de parranda toda la noche y no haber tenido la delicadeza de llamar para avisar. -Jediondo le voy a jalar las orejas, para que ay si aprenda a no preocupar a su mama- se repetía en varias oportunidades.

Mientras espera que este el café y sirve los huevos revueltos con pan que preparo para desayunar; escucha sonar el celular. Apago el fogón y corrió lo más rápido que pudo, cargando uno de los platos, a la mesa del comedor donde había dejado el celular. Al desbloquearlo vio un mensaje que le envió una vecina donde le escribió -señora María ayer de los enfrentamientos que hubo entre manifestantes y miembros de la policía; resultaron 13 jóvenes muertos-, y otro mensaje enviado un par de segundos después el cual es el link de una página de noticias de Facebook en donde se lee:

Noticias Cali: Ayer en horas de la tarde fuertes confrontaciones entre jóvenes manifestantes y la fuerza pública, que se prolongaron a lo largo de la noche, y que hasta el momento deja un saldo de 13 jóvenes muertos, 1 persona reportada desaparecida, y al menos 30 personas,

entre uniformados y manifestantes heridos. -más abajo aparecían las fotos de los seis jóvenes muertos con el rostro pixelado-

Aun guardando una débil esperanza en su corazón, diciendo cuanta plegaria conoce dirigida a la Virgen, a Dios, o a cualquier Santo que la esté escuchando. Pide, mejor, suplica, que su único hijo, su gran amor, sencillamente su razón de vivir, no este entre los jóvenes que resultaron muertos el día de ayer en el marco de las protestas que se dieron en la ciudad; y que como había pensado con anterioridad, solo estuviera de parranda en casa de un amigo.

Comenzó a ver las fotos, sentía que su corazón se le iba a salir por la boca. Al llegar a la quinta foto vio el cuerpo de un muchacho tirado en el pavimento vestido con un pantalón negro, buso gris con capota y tenis negros con una línea roja en el medio. En ese momento soltó el plato, cayo de rodilla y sintió como el mundo se le vino encima, sintió que su corazón se le partía en mil pedazos; simplemente en ese momento supo que la vida para ella había terminado.

SEGUNDA PARTE...

Todo comenzó en la mañana del 28 de mayo de 2021. Como es habitual Adrián Huertas Quijano, un joven de 23 años, estudiante de literatura de la universidad del Valle, mesero de medio tiempo en un restaurante: hijo único de un noviazgo fracasado, ocasional jugador de futbol, escritor de poesía y lector apasionado. Se despertó en eso de las siete de la mañana -hora en la que sale su madre al trabajo-. Se desperezo por algunos minutos, reviso el celular en busca de noticias nuevas en sus redes sociales, luego entro a WhatsApp al grupo de la universidad para saber la hora en la que los representantes estudiantiles habían programado la reunión para cuadrar los pormenores y la agenda de actividades que se van a llevar a cabo ese día de movilizaciones y de protesta. Posteriormente, se acomodó en el espaldar de su cama y comenzó a leer, por tercera vez, su libro favorito -1984 de George Orwell-.

Mientras lee escucha los ruidos que hace su madre cuando se alista para ir al trabajo, apresurada como de costumbre y sobre el tiempo, corre afanada de un lado a otro buscando las llaves, arreglándose el cabello, poniéndose los zapatos... Como es habitual, antes de salir de casa, golpeo con suavidad la puerta de habitación de Adrián para luego entrar. Lo hace primordialmente para despedirse de él ya que hasta bien entrada la noche se volverían a ver para encontrarse en un fugaz saludo y cruzar un par de palabras de lo hecho en el trascurso del día, y en segunda medida lo hace para verificar si ya está despierto e instarlo a que se levante.

Como en esos días de movilizaciones las universidades públicas suspendieron las clases, Adrián no tenía la apremiante necesidad de levantarse temprano y alistarse con rapidez para llegar puntual a una clase. Por lo que decidió quedarse leyendo un rato, y hacer pereza en la cama. Entre páginas y esporádicas consultas a su celular, le dieron las ocho y media de la mañana, por lo que decide que ya es hora de levantarse de la cama. Prendió la radio de su celular y puso las noticias esperando saber si el gobierno ya se había pronunciado al respecto del paro, pero nada. Tendió su cama, alzo el desorden de su habitación, y se pasó a bañar, salió del baño y se cambió con calma. Apago la radio ya que le aburrió escuchar el mismo sonsonete despectivo y aburrido en donde satanizaba el paro y las manifestaciones. -como si ellos no vivieran en este país y no quisieran ver más allá de sus narices, ¿al menos se toman la tarea de ver las cifras? - se preguntaba, -o acaso piensan que viven en Narnia- contestaba exaltado a lo que él consideraba como basura informativa de medios prepagos aliados con el gobierno.

Aun descalzo, camino hasta la sala de la casa y conecto por bluetooth su celular con el equipo de sonido, puso música a un volumen moderado, sigue alistando la maleta con las cosas que llevara ese día a la universidad. Completamente listo, se dirige a la cocina. se prepara algo rápido y práctico para desayunar -un sándwich de jamon y queso, un huevo frito y una taza de café-, mientras se cocinan los alimentos aprovecha para escribirle a Ricardo Núñez, un compañero de la universidad que vivía unas cuadras más abajo de su casa, en el barrio contiguo. Acordaron que se encontraran a las once al frente de la panadería de Don Chucho que está ubicado en la esquina del parque comunal.

Sale al encuentro faltando veinte minutos para la hora indicada. Camina despacio hasta llegar a un pequeño parque rodeado de pequeños árboles, un par de juegos para niños y donde hay un polideportivo techado que siempre está ocupado por jugadores de micro futbol o de basquetbol. Como todas las veces anteriores Ricardo llego tarde a la cita por lo que impaciente, con justa razón, a Adrián quien siempre lo espera sentado en una banca del parque. -otra vez olvidaste sacar temprano al perro a mear- pregunta con ironía Adrián a Ricardo, quien le responde -vamos- mientas suelta una carcajada y le da un golpecito en la espalda

Ya en el bus, ambos compañeros perdidos en su pensamiento, se ven interrumpidos por la bulla que hacen un par de señoras que están sentadas al lado. Las dos mujeres son de ese tipo de personas que ni porque intenten hablar con tono de voz bajo, no lo consiguen. En los últimos días el único tema de conversación entre los habitantes del país es el Paro Nacional que, cada día se recrudece más sin poderse ver una pronta solución. En esta oportunidad no es diferente el tema de conversación. Con atención, aunque haciendo el ademán de desprevenidos, los dos universitarios escuchan la conversación que gira

entorno a lo acontecido el día anterior en las inmediaciones del barrio Siloé y lo preocupante de la situación del país, donde ya comenzaba a escasear los alimentos y productos básicos consecuencia de los bloqueos en las vías. Pero lo más preocupante de todo -le decía una de las señoras a la otra-, es que el gobierno se niega a entablar negociaciones con los representantes del Paro hasta tanto estos no gestionen y se levanten los bloqueos, y las marchas se detengan; mientras que los manifestantes se niegan a levantar los bloqueos y las protestas hasta tanto el gobierno se sienta a la mesa con los representantes y convocantes al Paro y se llegue a un acuerdo así sea parcial. -De lo contrario, qué les garantiza a los protestantes que el gobierno cumpla con lo acordado, porque puede pasar lo mismo de las veces anteriores en las que ya levantado el paro y todo vuelto a la normalidad el gobierno se hace el de las gafas e incumple lo acordado- le dice una de las señoras a su acompañante.

Después de un largo recorrido, de aproximadamente cuarenta y cinco minutos, los dos jóvenes llegaron a inmediaciones de la universidad, a unas tres o cuatro cuadras de la entrada principal, por lo que se fueron caminando despacio al sitio de encuentro.

Las puertas de la universidad están abiertas de par en par. Varios jóvenes de todas las carreras entran y salen de las instalaciones en un flujo continuo y ensordecedor. Los dos jóvenes entran y siguen derecho a la plaza pública; una enorme plaza circular rodeada por altos edificios, unas cuantas palmeras y árboles, y varias sillas en cemento donde están sentados un enorme grupo de estudiantes. Atravesaron la plaza por uno de los bordes hasta llegar a un árbol bajito y frondoso donde se sentaron a la sombra que los cubría de un abrazador sol que hace a esa hora.

El ambiente era el típico de esos días, varios grupos de jóvenes sentado o acostados en el pasto o en las sillas de la plaza refugiados del sol, algunos otros entre carcajadas y burlas jugaban fuchi, con un Frisby o una pelota de voleibol, otros grupos hacían pancartas con alguna frase representativa a la lucha estudiantil, y otros tantos pintaban con temperas enormes mensajes los cuales serán exhibidos en la marcha de ese día. Entre ese grupo de jóvenes se encuentra Dayana una hermosa chica, estudiante de séptimo semestre de literatura, dos semestres abajo del que cursaba Adrián. En algunas ocasiones Adrián había hablado con ella y de vez en cuando se saludaban cuando coincidían en la universidad. Desde el primer momento que Adrián la vio le pareció una chica preciosa e interesante que le genera una atracción tan fuerte que es inevitable para él no buscarla, disimuladamente, con los ojos así fuera solo para verla de lejos. Dayana mide aproximadamente un metro con setenta centímetros, sus ojos negros y brillantes se esconden detrás de un grueso lente que le dan la enigmática y atractiva aura de intelectualidad, delgada pero no en exceso, con un hermoso color de piel trigueño, cabello negro a la altura de la espalda media, piernas gruesas, generosas caderas y un enorme trasero. Adrián en alguna oportunidad había intentado acercarse a ella en ánimo

de coqueteo, pero como sus intentos fueron rechazados simplemente la dejo como una conocía a la cual no le prestaba atención, incluso tratando de evitar comentarios de sus compañeros de universidad fingía ignorarla, así la estuviera viendo con el rabillo del ojo. Aunque eso no evitaba que se le saliera, cada que la veía, un profundo suspiro. -uy mano, pero casi me absorbe- le dijo Ricardo a Adrián cuando al verla nuevamente suspiro.

En el costado opuesto de donde Adrián está sentado, debajo de una carpa armada improvisadamente, están unos cuantos muchachos, unas señoras y esporádicos ayudantes que, preparando en fogón de leña la sopa comunal con verduras, condimentos, y cuanto alimento se le pueda echar que los mismos estudiantes compran o traen de sus casas para colaborar con la causa. -los héroes de la jornada- le comenta Adrián a Ricardo apuntando en dirección de la carpa con su mano.

Sentados en el pasto, en medio de conversaciones furtivas y bostezos, se les paso el tiempo. Sobre las dos de la tarde llegaron Camilo y Sandra, dos compañeros de la universidad, pero de la facultad de ingeniería, a los que Adrián conoció por Ricardo quien se los presento hace un par de semanas. Los recién llegados tomaron asiento debajo de la sombra del árbol. Camilo saco de uno de los bolsillos de su pantalón un mechero y un paquete de diez cigarrillos marca Rothmans blanco, el cual está a medio empezar, prende un cigarrillo a los presentes. Ricardo toma uno y pone cara de satisfacción cuando lo enciende, -apenas te lames los labios- le dijo Sandra entre risas, Ricardo también entre risas le contesta -estaba que me fumaba un dedo-.

Pasaron unos cuantos minutos cuando de la nada un hombre gordo y bajito, con voz áspera se subió en una de las sillas de la plaza. Hablando por medio de un megáfono pide a todos los asistentes que se acerquen un poco a donde él estaba parado y rogaba su atención, puesto que la representante estudiantil de la universidad, una chica bajita de contextura gruesa de largas pestañas, labios gruesos y rostro angelical, en pocos minutos les daría las indicaciones de las actividades que se van a llevar a cabo ese día de protesta.

La interlocución de la representante estudiantil fue corta. Inicio su discurso diciendo su nombre y el de los demás miembros del comité del Paro por parte de la universidad los cuales Adrián no escucho porque Dayana, junto a su grupo de amigos, estaba parada diagonal a donde él estaba parado. Explico nuevamente los motivos por los cuales estábamos reunidos y agradeció nuestro apoyo a pesar de todos los contratiempos que habían sucedido los días anteriores. Posteriormente procedió a indicar que estaríamos organizados por facultades y que cada una de las facultades tendría un vocero quien sería el encargado de gestionar con ella lo referente al cronograma de actividades y a la entrega de bolsas de agua y suministros como pintura y demás que fueran necesarios. Agradeció la colaboración de todos aquellos que contribuían para hacer

posible el encuentro de ese día y de todas aquellas personas que con sus colaboraciones podían contar con alimentos para la sopa comunitaria, con unas cuantas bolsas de agua, entre otras cosas.

Igualmente, comento que la marcha saldría sobre las dos de la tarde; el punto de llegada sería la alcaldía municipal. También recordó que en el trayecto más universidades, colegios, sindicatos y personas del común se irían uniendo a la marcha por lo que recomendó no separarse del grupo con el que están. Finalmente pidió no caer en provocaciones, tanto de la fuerza pública como de personas ajenas a la universidad, que produjera que la manifestación pacífica se viera involucrada en enfrentamientos que terminará por disolverla. El discurso terminó entre aplausos y arengas conmemorativas a la lucha estudiantil, en contra del gobierno y sus funcionarios. Instantes posteriores se disolvió el apretujamiento y todos volvieron a sus actividades anteriores.

La hora de salida se postergó hasta las dos y media, ya que algunas pancartas no estuvieron a tiempo. Una multitudinaria marcha salió de la universidad y sus alrededores rumbo al edificio municipal y el edificio de la gobernación. El bullicio de pitos y vuvuzelas unido a los gritos y las arengas de los manifestantes en contra del gobierno generó un ensordecedor ambiente de protesta pacífica. Como se había previsto, miles de personas integradas por adultos mayores, trabajadores, sindicatos, transportadores, entre otros, se fueron uniendo a la marcha, acumulándose un total de personas que llenaban perfectamente cinco cuadras de largo.

Al principio la marcha transcurrió tranquila; en el ambiente se sentía flotar un aura de esperanza en donde todos los sacrificios que estaba haciendo el pueblo colombiano terminarían contribuyendo a generar el tan anhelado cambio que pide a gritos el país. Hasta la fecha era impensado que millones de voces se unieran en un solo canto, en una sola voz que se alza en contra de un mal gobierno que, en lugar de dar solución a las problemáticas sociales que aquejan al país, que el mismo gobierno había sido culpable de profundizar, se había dedicado a solucionar los problemas de orden público haciendo uso indiscriminado de las fuerzas represivas del estado, quienes haciendo uso de armas, balas, gases lacrimógenos, horribles golpizas, entre otras, buscaban tener callar las voces de millones de personas que cansadas de la situación actual de su amada tierra salen a la calle a protestar y exigir soluciones.

Bien entrada la tarde, sobre las cinco y media, el grueso de la multitud llegó a la plaza donde se encuentra ubicado el palacio municipal, las personas se dispersaron a lo largo y ancho de la plaza pública llenándola por completo. Por su parte, otro enorme grupo de protestantes continuó su camino hasta llegar a la plaza donde está la gobernación, ubicada a media cuadra al oriente del edificio de la alcaldía. Al igual que la primera, la plaza de la gobernación se llenó de lado a lado de personas,

llegando al extremo que fue imposible que todos se pudieran ubicar en las plazas públicas, por lo que muchos se quedaron en las calles vecinas.

Ambos edificios están fuertemente custodiados por varios miembros de la fuerza pública que, protegidos con un grueso traje negro, casco con careta, y un ancho y resistente escudo; hicieron un cordón de seguridad alrededor de los edificios impidiendo de esta manera el paso de los protestantes.

Eventos culturales se empezaron a llevarse a cabo por todas partes. Algunos artistas callejeros improvisan música rap y coplas; agrupaciones de danza hacen coreografías de música tradicional colombiana o urbana; otros hacen obras de teatro o malabarismo; otros tantos pintan murales y otros hacen hermosos cuadros pintados en pliegos de papel. Incluso promovido por la facultad de arte de la universidad Central se organizó un concurso de canto y poesía en el que varias personas participaron; por su parte varias agrupaciones de músicos locales, de todo género, cantan y tocan animosamente sus instrumentos musicales mientras el público que los rodea baila o canta alegremente sus canciones. No obstante, a pesar de la alegría con la que se desarrollaban estos eventos se sentía un denso y melancólico ambiente, como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.

Mientras los eventos culturales se desarrollan los representantes de los diferentes gremios sindicales y estudiantiles intentan, inútilmente, hablar con el gobernador del departamento o el alcalde de la ciudad, quienes se niegan a salir de sus respectivos despachos. Después de varios intentos y llamados efectuados por los representantes del Paro, los dirigentes enviaron dos delegados para que hablen con estos. Separados, los representantes del paro de los delegados de la alcaldía y la gobernación por el cordón de seguridad integrado por los miembros de la fuerza pública -como si el pueblo fuese un grupo de horribles leprosos- le dice la chica representante de la universidad a un sindicalista que estaba a su lado; transcurren los minutos en medio de una conversación, que no es conversación, en la que no se llega a ningún acuerdo que facilite el poder entablar una negociación, en donde los marchantes y el gobierno, al menos a nivel local y departamental, puedan llegar a un acuerdo parcial, que les permita a su vez acceder y presentar un pliego de peticiones al que se hace pasar por presidente del país, aunque bien se sepa que el que verdaderamente dirige las riendas del país es un oscuro personaje que trabaja desde las sombras detrás del telón.

El principal motivo por el que no se pudo llegar a ningún acuerdo es precisamente porque la condición que ponía el alcalde y el gobernador, y que los delegados comunicaron a los voceros del Paro, es que para entablar un dialogo los demás manifestantes que en ese momento ocupaban las plazas públicas y sus alrededores debían marcharse de inmediato y desistir de inmediato de las marchas, las protesta y los

bloqueos en las vías. Condición irracional a ojos de los voceros del Paro, puesto que ven dicha condición como un medio para dilatar el proceso de negociación; y en sí mismo mostraba las intenciones de los dirigentes del gobierno de no querer atender las peticiones del pueblo. -Con las que salen estos hps- comentaba molesto el vocero del sindicato de transportadores; quien continuaba desahogando su rabia diciendo: -mínimo levantamos las protestas y nos dejan viendo un chispero-

Los delegados de la administración municipal y departamental, de manera déspota y altanera, al no ser admitidas sus exigencias por parte de los voceros del paro, dieron la vuelta y se dirigieron a las instalaciones de los edificios gubernamentales, no sin antes dejar una, entre comillas, advertencia que si en un plazo no superior a quince minutos, todos no abandonan las plazas y sus alrededores, la fuerza pública haciendo uso de las armas antidisturbios la desocuparía.

Minutos después, de terminada la conversación con los delegados de la administración. Un señor gordo, calvo y bajito, perteneciente al sindicato de educadores; se subió a la parte trasera de un camión de estacas que tiene amarrados un par de bafles y un micrófono, que estaban siendo usando en el concurso de poesía y canto. Con voz áspera y preocupada se dirigió a todos los presentes, comentando todos los pormenores de la conversación que unos instantes previos había tenido con los delegados de la administración. Comentando la negativa de estos a escuchar las peticiones y quejas de los protestantes, y la amenaza que lanzaron de no desocupar inmediatamente la plaza; termino su discurso llamando a la unidad del pueblo colombiano, a que todos se mantuvieran firmes en sus sitios, y en ultimas a que no se dejaran amedrentar.

Entre desconcierto y nerviosismo lo protestantes escucharon la alocución del sindicalista. Algunos asistentes, llevados por el pánico o el miedo, más que por propia convicción, comenzaron a abandonar las plazas. Otros tantos, en su mayoría jóvenes, se encapucharon y empezaron a alistarse para resistir la arremetida de la fuerza pública. Lo primero que se hizo, pensando en evitar accidentes y probables pérdidas económicas a sus propietarios, los vehículos que estaban cerca de las plazas públicas fueron movidos a otros sitios. Sin embargo, y a pesar de las amenazas, cientos de personas de todas las edades se quedaron firmes en sus sitios. Nuevamente las arengas y canticos en contra del gobierno se hicieron sentir en la ciudad.

Trascurrieron 20 minutos desde la "advertencia", cuando los asistentes que están ubicados al frente de los uniformados, comenzaron a ver movimientos ya no defensivos de las fuerzas pública, sino ofensivos. Los agentes se formaron en dos hileras, las cuales, de manera simultánea, separados la una de la otra por unos dos metros, comienzan a avanzar golpeando con fuerza sus escudos, generando un ruido pavoroso y ensordecedor que hace retroceder apresurados entre gritos a los

manifestantes. Casi al tiempo, una hilera un poco más retrasada de uniformados, equipados con gases lacrimógenos, disparan en todas direcciones. Uno de los gases lanzados por los uniformados cayó a un par de metros de donde estaba reunido Adrián y su grupo de compañeros de la universidad, prácticamente en los pies de un señor de por lo menos sesenta años.

El pánico se adueñó del lugar, cientos de personas corrieron desesperados, entre toses y lagrimeos de los gases, cientos de personas cayeron al piso y fueron pisoteadas por otras personas que presas del pánico corrían despavoridas buscando refugio. Los jóvenes que estaban atentos, y listos para responder, comienzan a lanzar piedras, palos y cuanto objeto contundente encuentran en contra de los miembros de la fuerza pública; otros mejor equipados y organizados lanzan papas bomba, bombas molotov; mientras otros los cubren con escudos artesanales.

Adrián y Ricardo, que en el furor de la situación se separan de sus otros dos acompañantes, llegan corriendo a la esquina noroccidental de la plaza en donde se detienen y tratan de retomar el aliento que perdieron por la asfixia que les produce el gas. Desde ese punto los dos muchachos ven perfectamente el cruento enfrentamiento que se está produciendo entre encapuchados y miembros de la fuerza pública, que más parece una desmedida batalla campal.

De la nada, en diferentes esquinas de la plaza municipal, se estacionan aproximadamente siete camiones repletos de uniformados que, tan pronto frenan los vehículos descienden rápidamente dando un saltito para en seguida proceder a ordenarse conformando una larga línea. Estos uniformados de inmediato comenzaron a posicionarse en puntos estratégicos, buscando de esta manera cercar a los encapuchados que, al percatarse de esto salen corriendo buscando escapar del cerco. Al menos una docena de encapuchados son retenidos en ese momento, y brutalmente golpeados por los uniformados, mientras son llevados arrastrados a las patrullas que posteriormente los llevarán a sitios de retención.

Muchos otros, entre estos Ricardo y Adrián, alcanzaron a huir y se posicionaron unas cuadras más abajo de la plaza; donde nuevamente los encapuchados se organizaron para resistir y hacer frente a la ofensiva de la fuerza pública. En este vaivén constante se prolongó los fuertes enfrentamientos hasta bien entradas la madrugada cuando sobre las tres y media de la mañana por fin reina la calma en las calles de Cali.

Sobre las once de la noche, hora en las que los enfrentamientos están en su punto más álgido. Adrián y Ricardo se encuentran parados en la esquina del Banco de la República, junto a otro grupo de jóvenes que le hacen frente a un grupo de uniformados equipados con gases lacrimógenos, aturdidoras, balas de caucho, y respaldados por una

tanqueta antimotines que lanza chorros de agua.

Ricardo que está ubicado a unos pocos centímetros de Adrián es alcanzado por un chorro de agua que lo tumba al piso; Adrián quien al mirar el suceso sale a correr para auxiliar a su amigo, cuando lo intenta ayudar a parar, un hombre perteneciente a la fuerza pública, que se encuentra ubicado diagonalmente a la dirección de los dos muchachos, a unos cinco metros, dispara directo sobre humanidad de Adrián propinándole un fuerte golpe, con un gas lacrimógeno, en la cabeza a la altura de la sien. De inmediato el joven se desploma y pierde el sentido.

Ricardo ayudado por dos muchachos más, levantan como pueden a Adrián. Ricardo cargándolo de las axilas y los otros dos muchachos de las piernas, lo llevan la más rápido que pueden a una ambulancia donde el joven minutos después fallece camino al hospital.

TERCERA PARTE...

Cayéndose de sueño y del cansancio, Camilo Restrepo Días, un hombre de unos treinta años oriundo del departamento de Casanare, padre de dos hijos, una niña de cuatro años y un niño de dos, perteneciente al grupo antidisturbios hace cinco años. Viaja por la vía que comunica la capital del país Bogotá con la ciudad de Cali capital del Valle del Cauca, en un camión cargado con equipo y por lo menos quince miembros más de la fuerza pública, el día veintisiete de mayo del año 2021.

Camilo pertenece a un grupo móvil que tiene la misión de despejar las vías nacionales de grupos de manifestantes que con barricadas bloquean el flujo vehicular. Misión que demora eternas horas en donde los miembros de la fuerza pública se enfrascan en duros enfrentamientos con encapuchados que, armados con piedras, artefactos explosivos improvisados y cualquier elemento que tengan a la mano se resisten a despejar las vías, no sin antes dar una fuerte lucha.

Desde los primeros días del Paro Nacional su trabajo se volvió mucho más agotador de lo que normalmente es, debido a que su misión lo mantiene moviéndose de un sitio para el otro con mucha frecuencia. Sus extenuantes horas de trabajo se extienden incluso hasta por doce horas diarias, en las que debe soportar la asfixia y el peso de veinte kilos de su traje y armamento, donde además debe aguantar hambre, frío, lluvia, calor y demás precariedades. Pudiendo dormir muchas veces tan solo cuatro horas diarias. Además, de afrontar los peligros inherentes a su profesión que solo en el marco de esta protesta lo ha dejado herido en dos oportunidades, una en su brazo izquierdo y la otra en la pierna izquierda a

la altura del muslo.

Los días cada tanto se hacen más largo y agotadores, la acumulación del cansancio ya se empieza a sentir en su cuerpo y en su mente, ya que son enviados con mucha frecuencia a despejar nuevamente un punto que con anterioridad ya habían despejado; situación frustrante para él porque no ve el resultado de las interminables horas de trabajo. Por otra parte, la movilización de un punto a otro, aun acabando de salir de un tropel.

De igual manera los constantes y agotadores traslados a lo que los someten sus superiores, de una ciudad a otra, argumentando que deben estarse moviendo de un lado a otro para evitar de esta manera que sean identificados y poner en peligro su vida e integridad. Sin embargo, esta situación hace aún más agotadora su labor.

Sus últimos días han transcurrido entre unas ocasionales y cortas llamadas a su esposa y madre que con insistencia le dicen que se cuide, que quieren verlo regresar pronto sano y salvo al calor de su hogar; e interminables horas de trabajo que cada día se le hacen más difíciles de afrontar por la distancia y el poco contacto que tiene con su familia.

La noche del 26 de mayo, por orden de sus superiores, Camilo junto a un grupo de hombres salió, montado en un camión, desde una de las estaciones de policía del centro de Bogotá, a la que habían llegado hacia unas dos horas proveniente de la ciudad de Tunja en la que tuvieron que despejar la vía principal que comunica la capital del departamento de Boyacá con la capital del país, la operación que se extendió por cinco horas. Aun mantenía en su pecho la rabia que lo consume al recordar los momentos de angustia que vivió cuando uno de sus compañeros cayó herido consecuencia de un duro golpe que sufrió en la cabeza.

Recién llegado, con el tiempo a penas suficiente para comer un plato de arroz con lentejas que, aunque no le gustan para nada el hambre le hizo comerlas con agrado. Alisto su equipo, y descanso un par de minutos mientras esperaban las indicaciones. Los hacen formar, reciben las indicaciones que serán transportados en un camión al sector de la universidad nacional donde sus órdenes es despejar las instalaciones de la universidad que están en manos de un grupo de encapuchados. Orden que directamente implica enfrascarse en una dura lucha contra ese grupo de encapuchados. Después de recibir las ordenes, Restrepo le decía airadamente y con un sentimiento de rabia a Bolaños. -otra vez nos envían a nosotros a despejar, nosotros que acabamos de llegar-, Bolaños entre risas le contesta -siempre es lo mismo, pero igual hágase la vida agradable, usted sabe que al igual lo único que podemos hacer es obedecer las órdenes sin rechistar. Además, esos hps se paran duro y así es más emocionante-

Aquel enfrentamiento con los encapuchados se alargó por cinco horas hasta que la calma por fin reino, el saldo de esa noche para Camilo fue de dos heridos pertenecientes a su grupo; los demás no le importan porque, a fin de cuentas, son simples guerrilleros disfrazados de manifestantes, que no deberían estar viviendo en sociedad como le repetían con regularidad sus superiores.

Al llegar a la estación a Camilo y a su grupo los dejaron descansar por cinco horas, ordenándoles que se presentaran a las catorce horas, del día veintisiete de mayo, listos y equipados en la plaza central de la estación porque serían trasladados, en helicóptero, a la ciudad Cali donde se esperaban una enorme movilización y la fuerza pública de la ciudad necesitaba apoyo por si las cosas se salían de control.

Sobre las cuatro de la tarde llegaron a una base militar de la ciudad, donde de inmediato fueron trasladados, en un camión, a la vía que comunica a la capital del departamento del Valle con el municipio de Yumbo, donde un grupo de manifestantes llevan varios días viviendo en comunidad y acampando a la orilla de la carretera, mantenido un bloqueo constante en la vía. Camilo y su grupo ya mentalizados para proceder a atacar a los manifestantes lanzándoles gases y aturdidoras queriendo de esa manera moverlos de la vía; por lo que, al llevar al lugar, desciende ruidosamente del vehículo y de inmediato se alistan en hileras listos para iniciar la ofensiva. Lo que de inmediato pone a la defensiva a los manifestantes que hacen lo propio. No obstante, poco antes de comenzar la ofensiva un hombre de unos cincuenta y cinco años alto, canoso, y de mirada gentil se acercó rápidamente al capitán, más alto rango del grupo, al que le solicito que lo dejaran hablar a el primero con los protestantes para tratar de llegar a un acuerdo y así evitar la confrontación. A lo cual el capitán accedió a regañadientes advirtiéndole que tenía quince minutos para persuadir a los manifestantes, si transcurrido ese tiempo no lo conseguía, ellos procederían a hacerlo a la fuerza. Por lo que ordeno a su grupo a subirse nuevamente al camión.

Trascurridos veinte minutos de tensa calma, en el que el grupo de uniformados nuevamente se alistaba para la investida, el señor de mirada amable nuevamente se acercó al capitán y le comento que había llegado a un acuerdo con los manifestantes quienes siempre tuvieron ánimo de negociar. Estos se comprometían a dar paso intermitente en ambos sentidos por una hora y volverían a bloquear otra hora y así sucesivamente para que no se perdiera la esencia de lo que ellos entienden por Paro, pero que ellos lo hacían con condición que le y su grupo se mantuvieran alejados por lo menos veinte metros del punto de concentración. Finalmente le suplico que respetara el acuerdo que había conseguido y que evitara que se diera un derramamiento de sangre como ya se habían naturalizado desde los inicios del paro. El capitán conmovido por la noble labor y las buenas intenciones del hombre accedió a su

solicitud tal cual como este se la hizo.

Como estaba pactado, los manifestantes cumplieron su palabra, corrieron las barricadas que tenían puestas en la vía y dieron paso intermitente a los vehículos. En medio de la agitación y la tensa calma que invadía el lugar, los manifestantes siguieron con las actividades cotidianas de los días del paro, poco a poco fueron llegando más personas quienes proveían con alimentos a las personas que estaban en la olla comunitaria para que tuvieran que echarle a la olla. Cuando por fin estuvo, todas las personas tomaron un plato y se sirvieron sopa. El señor que con su heroica gestión evito un prolongado enfrentamiento, en compañía de dos voceros del punto de resistencia, se acercaron y les dieron un plato de sopa a todos los miembros de la fuerza pública.

Sobre las nueve y media de la noche, producto de la clama con la que había transcurrido el día en la vía Cali – Yumbo, un superior llamo al capitán y le ordenó retirarse con sus tropas y dirigirse a la estación de policía del centro de la ciudad; ya que se sabía que, para el día siguiente, veintiocho de mayo se habían convocado marchas en toda la ciudad, marchas que llegaría a las plazas departamentales y municipales, que por órdenes de arriba debían estar fuertemente escoltadas.

Sobre las diez de la mañana del fatídico veintiocho de mayo, en el que Camilo y su familia perderán su tranquilidad, llama a su esposa quien pone al teléfono a sus hijos, que a pesar de no entender nada de lo que ellos dicen siente que su corazón va a explotar cuando los escucha tratando de pronunciar alguna palabra, le cuelga a su esposa en un largo adiós; y procede a llamar a su madre quien antes de colgarle lo encomienda a la Virgen María.

Sobre las doce del mediodía el grueso del personal uniformado disponible para ese día, se forma en la plaza central de la estación para recibir las ordenes e indicaciones a tener en cuenta para ese día donde se esperan enormes marchas en todo el país.

Aquel fatídico día, después de almorzar, sobre la una de la tarde. Y por lo menos otros treinta uniformados son transportados al centro de la ciudad, a la plaza donde está ubicado el edificio municipal. La misión de ese día es hacer un cordón de seguridad que rodee las instalaciones del edificio de la Alcaldía de Cali y evitar a toda costa que el edificio municipal o la plaza pública sufran daños por la actuación de encapuchados.

Ya en el camión, y previo a abandonar las instalaciones de la estación, el capitán les informo que la sección de inteligencia de las fuerzas militares, sin conocerse la fuente de donde proviene la información; tiene la certeza que en las marchas habría presencia de encapuchados que hacen parte de células urbanas de grupos armados ilegales -disidencias de las FARC y ELN- Situación que sin ser del todo confirmada pone nervioso y a la

preventiva a todos los miembros de la fuerza pública; que además genera un sentimiento de rabia y de odio visceral en contra de todas las personas que acudan ese día a la marcha.

Camilo llega a la plaza del edificio municipal, sobre las dos de la tarde, junto a los demás miembros de la fuerza pública, de inmediato arman el cordón de seguridad que rodea el edificio municipal. Cordón conformado por dos hileras, la primera conformado por veinticinco uniformados, equipados con chaleco protector, un escudo y un bolillo; y una segunda hilera conformada por cinco uniformados entre los que se encuentra Camilo, ubicados a unos cinco metros de la primera, equipados con armas, gases lacrimógenos y aturdidoras. Todos en pie, listos para actuar y a la espera que lleguen los protestantes.

La tarde transcurrió en calma. No obstante, para Camilo desde el mismo momento que salió de la estación tenía una pesada angustia que se combinaba con una irracional ansiedad y una sensación de miedo, que hizo que se abstraiera en sus pensamientos. Bolaños nota la abstracción de su compañero de equipo; a quien conoce hace cinco años, por lo que se le acerca desprevenidamente y le pregunta: -Que le pasa Restrepo-, quien contesta -nada, solo estoy distraído. Me preocupa la volátil calma que se siente en el ambiente. Esto parece a la calma que antecede una fuerte tormenta-, a lo que Bolaños le replica -No piense bobadas, mejor manténgase alerta que ya escucho la bulla que hacen esos hps-.

Sobre las cinco y media de la tarde comenzaron a llegar los primeros manifestantes a la plaza pública, que paulatinamente comenzó a llenarse, hasta que no cupo una sola alma en su interior. El grupo de uniformados, miraba la cantidad de que llegaba de todas las esquinas a ocupar la plaza pública, puesto que si bien es cierto que se imaginaban un buen número de personas nunca creyeron que fuera tantas personas las que acudirían a la cita. -Si así es siempre en todas las ciudades debe ser porque el inconformismo por el gobierno es mucho-, se decía a sus adentros Camilo. Pero sin lugar a duda lo que más sorprendía a los uniformados era la actitud alegre y jovial con la que llegaron los manifestantes que ya empezaban a acomodarse en la plaza y sus alrededores.

Cuando la plaza por fin estuvo llena, incluso desde la llegada de los primeros grupos de músicos y bailarines, el ambiente carnavalesco hace su presencia en la plaza. Con agrado Camilo, escucha un grupo de música colombiana ubicada a unos cuantos metros de donde él está parado; al fondo de donde él está parado, aunque no puede ver con claridad, hay un grupo de baile de música Salsa que, al ritmo de un grupo de músicos de la misma especialidad, hacen una coreografía; al fondo por la vía que comunica la plaza municipal con el edificio de la gobernación, Camilo ve una tarima improvisada en la parte trasera de un camión donde varias personas han subido a cantar música urbana, rock, salsa entre otros géneros, siempre siendo aplaudidos después de su presentación. Camilo

siente la alegría de estas personas que protestan con varias demostraciones artísticas y que para extrañeza de todos los miembros de la fuerza pública no ha acudido a la violencia.

Muchos de los uniformados, sin mostrar ninguna expresión, sienten aquel ambiente carnavalesco al que, incluso les gustaría poder ver las diferentes muestras artísticas que ofrece aquellas apacibles personas. Pero no podía hacerlo ellos debían seguir salvaguardando los intereses privados de un selecto grupo de personas que ven con preocupación que el pueblo se interfiera en sus multimillonarios negocios. Incluso ven con preocupación como el pueblo puede llegar a alterar el statu quo de la lujosa vida que llevan gracias al desangramiento del estado colombiano. Puesto que -aun los podemos apretar más, porque el estado necesita plata y nosotros apoderarnos de ella-.

Con el paso de los minutos el ambiente jovial y carnavalesco se fue alterando cuando los voceros del Paro que, exigían hablar con el alcalde, no tenían respuesta a su solicitud. Puesto que la autoridad municipal prefería mantenerse escondido en su oficina, a salir y poner cara a los marchantes, quienes en ese momento llevan un pliego de peticiones que desean presentar y discutir ciertos puntos, o al menos concertar una mesa de diálogo entre la administración y una comitiva que represente a los manifestantes, que les permita hacer llegar el pliego al presidente.

Con el ambiente ya tenso, el capitán Ernesto Gonzales, se acerca a los voceros del Paro para dialogar con ellos, quienes le solicitan dejar ingresar una comitiva, conformada por un representante por cada gremio convocante de la marcha, para que se sentara a la mesa con el alcalde a discutir la situación de la ciudad. Cuando termino de hablar el vocero del gremio de educadores quien fue el que realizo la solicitud; el capitán Gonzales les explicó a los voceros del Paro que, no era cuestión suya impedirles el paso, que si por él fuera los dejaría entrar de inmediato, pero como la orden que había recibido era no dejar ingresar a nadie, él estaba en la obligación de cumplirla, hasta nueva orden.

Los voceros indignados y molestos con la respuesta que daba el Capitán, aunque entendiendo su posición, y culpando al alcalde. Llamaron la atención de los demás protestantes, usando un megáfono, en el que le comunicaban la negativa de la autoridad local a atender las peticiones de los manifestantes de entablar un dialogo con los voceros del Paro, finalizando la alocución con una invitación a todos los caleños que se encontraban en ese momento reunidos en la plaza pública a que no se dispersaran hasta tanto el alcalde no atienda sus suplicas. Cuando termino de hablar el vocero del gremio de educadores, la rechifla, las provocaciones y los comentarios no se hicieron esperar por parte de los manifestantes, quienes exigían que el alcalde saliera y les diera la cara. - A, pero en campaña si son amables, nos prometes miles de cosas, nos abrazan disimulando el asco que les provocamos e incluso son capaz de

besarle el culo cagado al chino, cuando están como chulos buscando votos. Pero salga uno a exigir que cumplan sus promesas y todos salimos de guerrilleros o resentidos- Decía en voz alta el vocero por parte del gremio de los taxistas a sus acompañantes.

El ambiente estaba tan denso en la plaza pública, que por iniciativa del capitán Ernesto Gonzales, le comunicó al alcalde la situación y solicito que al menos barajara a hacer presencia antes que la protesta se saliera de control. Accediendo a la suplica, el mandatario envió a dos delegados suyos a hablar con los voceros del Paro. Pero más allá de eso, los envió para que para que les dijera a los voceros cuales eran sus condiciones para sentarse a la mesa a dialogar. Y que de no cumplirse sus demandas nada podía hacer.

Los dos delegados del alcalde se acercaron, fuertemente escoltados por tres hombres de la fuerza pública entre esos Camilo, a donde están parados esperando los voceros. Estos iniciaron hablando. Solicitaban hablar personalmente con el alcalde para que este sirviera como mediador para hacer llegar a la presidencia un pliego de peticiones que ya tenían estructurados. A lo que los funcionarios de la alcaldía contestaron, de manera odiosa y tajante, que el alcalde no estaba dispuesto a sentarse a la mesa a dialogar con los voceros del Paro, hasta tanto no se dispersara la protesta y todos los manifestantes abandonaran la plaza pública. Además de ser levantados todos los puntos de bloqueo que había a nivel nacional. Finalizaron diciendo, que esa es la directriz que dio el gobierno nacional en cabeza del presidente de la república; la vicepresidencia y su gabinete de ministros. Siendo tajantes que, hasta tanto no se cumplieran las demandas exigidas por el gobierno nacional, todos los alcaldes y gobernadores tenían prohibido adelantar negociaciones. Respuesta que para los negociadores y voceros del paro es irracional, y que ven sencillamente como una muestra de la falta de voluntad del gobierno de solucionar el conflicto por medio del dialogo.

La discusión se mantuvo por algunos minutos, hasta que uno de los funcionarios delegados recibe una llamada proveniente del despacho del alcalde; en donde le informan que, por orden dada por el presidente, todos los alcaldes de los municipios en donde ese día se levantas jornadas de manifestaciones, aglomeraciones y bloqueos, tenían la obligación de despejar de manera inmediata las zonas donde se estaban adelantando dichas jornadas de protesta, haciendo uso de la fuerza si era necesario. Por lo que la fuerza pública ya estaba autorizada para actuar en los casos en que fuera necesario.

Por lo que el alcalde le ordeno a su delegado que les informara a los voceros del Paro que tenía veinte minutos para informar y disuadir a las personas que estaban a esa hora en la plaza, a que regresaran tranquilamente a su hogar. De lo contrario la fuerza pública, que ya estaba autorizada para actuar, los sacaría haciendo el uso legítimo de la

fuerza. No obstante, a penas el vocero del gremio de educadores comunico la información entregada por los delegados del alcalde, quienes ya habían vuelto a ingresar al edificio, el ambiente se tornó completamente hostil, la alegría se disipo, las orquestas se callaron y se comenzó a ver a los jóvenes preparándose para resistir la investida de la fuerza pública.

Trascurridos quince minutos desde la "advertencia", el capitán Ernesto Gonzales dio la orden a sus subalternos de prepararse para iniciar, a su ordenes, el protocolo para despejar la plaza pública y sus alrededores. De inmediato los uniformados que estaban en la primera hilera levantaron sus escudos del piso y comenzaron a golpearlos con los bolillos. Produciendo un aterrador y ensordecedor ruido que hizo retroceder unos cuantos metros a los manifestantes que estaban junto a los uniformados; mientras tanto los jóvenes, ya listos, encapuchados y cargando sus escudos artesanales comenzaron a avanzar por entre la gente, hasta ubicarse frente a los uniformados.

Trascurridos veinte minutos exactos, el capitán Ernesto Gonzales dio la orden de dispersar la multitud que aun ocupaba la plaza pública, los primeros en actuar fue los uniformados del escudo quienes comenzaron a avanzar en dirección de los manifestantes golpeado con más fuerza los escudos; en seguido los uniformados ubicados unos metros más atrás, entre ellos Camilo, que estaban equipados con lanzadores de gases lacrimógenos; lanzan en diferentes direcciones, cada uniformado de dos rondas, gases que cayeron en medio de la multitud que al sentir la asfixia que les provoca el gas comienzan a correr a en todas direcciones buscando ponerse a salvo.

A partir de ese suceso el caos nuevamente reino en la ciudad de Cali, donde aquella noche se desbordo por completo.

El grupo de encapuchados de inmediato contesto la arremetida, lanzando piedras a los uniformados, devolviendo los gases lacrimógenos que habían lanzado contra ellos, y lanzando papas bomba que al explotar generan un ensordecedor ruido que se perdía entre los gritos de los manifestantes y las arengas e insultos que gritan los encapuchados. Con el paso de los minutos el ambiente en la plaza pública se tornó cada vez más hostil. Dejando un sinsabor para todos; puesto que, lo que inicio como una jornada de movilización pacifica adornada con música, baile y arte; termino en una encarnizada batalla campal en la que el gas, los gritos, los insultos, las bombas molotov y el ruido generado por las aturdidoras y las papas bomba, en general el caos, reino por interminables y violentas horas la ciudad.

De igual manera, la impunidad comenzó a reinar a sus anchas en aquella ciudad sumida en un caos total, los miembros de la fuerza pública que seguros de poder actuar en completa impunidad, sin miedo a ningún tipo de represalia, comenzaron a extralimitar por doquier su función,

golpeando brutalmente a los manifestantes, encapuchados, periodistas, defensores de los derechos humanos a quienes comenzaron a tratar, sin prueba alguna, de guerrilleros. Incurriendo también, con mucha frecuencia, a disparar gases lacrimógenos y aturdidoras, directamente sobre el cuerpo de los manifestantes. Lo cual está completamente prohibido.

Entrada las once de la noche, hora en la que la vida de Camilo Restrepo Días cambio por completo, para desgracia suya y la de su familia. Se encontraba en las inmediaciones del Banco de la República, cargaba la recamara de su arma que lanza los gases lacrimógenos, cuando vio aproximadamente a cinco metros, como un joven que se disponía a lanzar una piedra, fue alcanzado por un chorro de agua lanzado por una tanqueta antimotines que lo tumba al piso. De inmediato ve como otro joven, vestido con pantalón negro, buso gris con capota y tenis negros, se acerca a auxiliar al caído. Creyendo estar amparado por la impunidad que cobija los desmedidos abusos de autoridad de sus compañeros; a Camilo se le hace fácil apuntar su arma al cuerpo del muchacho que estaba de pie tratando de auxiliar a su compañero caído, y disparar sobre su humanidad. Con tan mala fortuna que milésimas de segundos antes de disparar el joven se agacho recibiendo el gas justo en la cabeza en la zona de la sien. Un instante después de recibir el impacto, ve caer al muchacho en medio de un charco de sangre que le brotaba de su cabeza y que se esparcía por el suelo.

Al ver la tétrica escena del muchacho tirado en el piso rodeado por un charco de sangre, Camilo cae en cuenta de su error, y asustado voltea a ver a todas direcciones percatándose si alguien, por casualidad, se dio cuenta de su acto. Luego, nuevamente vuelve la vista al sitio donde estaba tirado el muchacho, y nota como tres hombres, que lo sujetan de las axilas y de los pies, lo llevan alzado abriéndose camino entre la multitud; hasta que finalmente los pierde de vista.

De inmediato, se empezó a escuchar gritos de los manifestantes dirigidos a Camilo en el que le decían - ¡Asesino!, mataste un inocente-, entre otras tantas.

Sus compañeros al notar la situación, y queriendo evitar que Camilo fuese identificado; lo sacan a empujones del lugar y lo escoltan hasta una patrulla que esta estacionada a unos cuantos metros del lugar de los hechos.

Camilo le dice a Bolaños, quien fue el primero en percatarse de la situación y quien lo saca a empujones; -Necesito saber que paso con ese joven, a donde lo llevan-, a lo que Bolaños le contesta -Hermano usted no puede quedarse ahí, porque dentro de poco, si no es que ya están allá; van a llegar los sapos de derechos humanos a preguntar por el herido y quien fue el culpable-. Camilo, evidentemente preocupado le contesta, -

pero...- a lo que Bolaños sin dejarle terminar le replica -Pero nada, esto lo hago por su bien, o es que acaso quiere terminar preso por culpa de un asqueroso guerrillero-.

Ya en la patrulla Camilo rápidamente se quita el traje que lleva puesto y el uniforme de la institución. Una patrullera que ya sabe, muy superficialmente lo que sucedió, le alcanza una muda de rota de civil compuesta por un pantalón azul, una camiseta blanca y una gorra. A penas termina de cambiarse, Camilo es llevado en una patrulla a la estación de policía del centro, de donde salió esa tarde.

Ya en la estación y encerrado en un pequeño cuarto, Camilo no puede dejar de pensar en las consecuencias que le acarrearía si el joven que cayó herido por su culpa llegaba a morir. No obstante, y a pesar del remordimiento que sentía, se consolaba diciéndose una y otra vez que, a fin de cuentas, Bolaños tenía razón; aquel muchacho simplemente era un asqueroso guerrillero que no merecía vivir en sociedad, y que por consiguiente no pasaría nada si llegaba a morir. Además, estaba completamente seguro que, al igual que sus otros compañeros que recaían en abusos, el suyo también iba a quedar impune y a él nada le pasaría. Aunque muy en su interior tenía el presentimiento que a partir de ese día su vida cambiaría por completo.

Al día siguiente, Camilo junto a otro grupo de hombres, quienes también había cometido abusos en contra de los manifestantes, por orden de un superior, fueron trasladados a la ciudad de Popayán en el Departamento del Cauca.

CUARTA PARTE...

Sobre las diez de la mañana del día 29 de mayo María Quijano en compañía de su vecina la señora Martha Ramos, persona que le aviso esa mañana sobre los jóvenes brutalmente asesinados la noche anterior; llego al edificio donde están ubicadas las oficinas de Medicina Legal y Ciencias Forenses a hacer el reconocimiento del cadáver. El dictamen forense entregado por Medicina Legal decía, entre otras cosas: -Adrián Huertas Quijano, edad 23 años; muerte por daño craneoencefálico severo a la altura de la cien; generado por un objeto contundente de contextura cilíndrica y metálica; hora del deceso 11 horas con 11 minutos de la noche del día 28 de mayo de 2021-

María al ver a su único hijo acostado boca arriba sobre una fría lata, cubierto de pies a cabeza con una bolsa plástica comprobó lo que ya sabía. Sintió como su alma se partía en mil pedazos y que su vida ya no

valía nada, que daba lo mismo si estaba viva o al igual que su hijo amado, era asesinada miserablemente por aquel gobierno corrupto e incompetente que dirige su país. En ese momento no se podía sentir peor porque era imposible hacerlo. Puesto que, simplemente lo que ella había cuidado por veintitrés años con todo el amor, la dedicación, el esmero y el sacrificio que eso conlleva; un aparecido de buenas a primeras, en cuestión de segundos, lo había matado. Esfumándose también, en esa fría sala de morgue, todas las ilusiones de ver triunfar a su hijo.

El 30 de mayo de 2021, María Quijano acompañada de una enorme multitud, quienes a viva voz clamaban justicia por el salvaje asesinato de Adrián Huertas Quijano y de 12 personas más; llegó al cementerio central donde fue enterrado su hijo. Pero terminados los actos fúnebres, María se estrelló de frente con la cruel realidad cuando llegó a su casa y la encontró vacía y en silencio, sin nadie que la esperara, sin nadie que le tuviera al menos un tinto al llegar, o al menos que la saludara y le preguntara como había estado su día.

Poco tiempo después María Quijano se enteró, en redes sociales, que el asesino de su hijo fue identificado como Camilo Restrepo Días quien pertenece al escuadrón antidisturbios. Desde ese día que se enteró, para María Quijano, no existe otro motivo para vivir que ver pagar y pudriéndose en una cárcel a la persona que le quito la vida a su hijo, y que le desgracia su vida.

El día 29 de mayo en horas de la noche Camilo Restrepo Días llega trasladado, a bordo de un camión de estacas perteneciente a la fuerza pública, a una estación en la ciudad de Popayán.

Al día siguiente, mientras Camilo desayuna, se le acerca un oficial que le informa que debe presentarse de inmediato en el despacho del comandante de estación que lo está necesitando urgentemente. De inmediato Camilo, presintiendo lo peor, se acerca a la oficina del comandante y se presenta. El comandante lo hace seguir y le indica que se siente.

Tan pronto se sienta, el superior le informa que en las redes sociales está circulando un video, -grabado por un periodista que días posteriores a hacer pública la grabación abandonaría el país argumentando que fue perseguido y amenazado por hombres vestidos de civil que lo tildaban de guerrillero-; en donde se ve claramente el momento en el que un oficial, identificado con el número interno #####56, dispara su arma directamente sobre la humanidad de un joven, que fue identificado como Adrián Huertas Quijano. Muchacho que minutos después de recibir el impacto moriría camino al hospital. De igual manera, le informa que en redes sociales ya circulaba su foto, plenamente identificado como el agresor y presunto culpable de la muerte del joven.

De igual forma, el comandante le comunica a Camilo, que a partir de ese instante quedaba destituido de su cargo, hasta tanto la investigación que pesa sobre él, y que será juzgada por un tribunal militar, determine su culpa o inocencia. Finalmente, le comunico que a partir de ese momento quedaba detenido y que, por consiguiente, hasta nueva orden no podía abandonar la estación.

Camilo Restrepo pálido, tembloroso y notablemente nervioso, balbuceo unas palabras que el comandante no entendió. Sin embargo, este intentando darle moral a su subalterno le dijo, -no se preocupe tanto que por eso que igual a usted lo juzgara la jurisdicción militar, normalmente nunca pasa a mayores, y si en un caso extremo lo encuentra culpable, le van a poner una pena suave, como para que no digan que no hubo sanción por la falta que cometió. Tenga en cuenta que ellos no van a juzgar severamente a uno de los suyos. Vea mi ejemplo hace como 5 años, supuestamente me investigan, por haberle dado una severa paliza a un marihuanero que casi lo mato y aquí estoy, nada me paso. Me destituyeron por tres meses sin paga y ya, después me reincorporaron cuando simplemente el tema quedo en el olvido- le contaba entre risas el comandante a Camilo, después prosiguió -Lo último que supe de esa investigación es que para inicios del año se va a archivar-.

Camilo asiente con la cabeza, mientras prosigue a contestar: -Es cierto lo que usted afirma mi comandante, pero mi caso es diferente, porque a diferencia suya, el guerrillero ese se murió y peor aún todo quedo registrado en video-. A lo que el comandante replica -Igual fresco que eso lo hace el presidente de la república por quedar y hacer quedar bien a su gabinete de ministros y a los generales de las fuerzas armadas, ante la opinión pública nacional e internacional. Porque como usted bien sabe están en el ojo del huracán por tantos guerrilleros y marihuaneros muertos, y desaparecidos en estos días del paro; y obviamente por eso necesitan mostrar resultados que les sirva para lavarse las manos. Pero igual eso es mientras la opinión pública jode, después ni lo van a recordar. Usted sabe lo que importa es dar contentillo a los preguntones y más a nivel internacional-. A lo que agrega segundos después -Así que estese tranquilo que a penas quede en el olvido la algarabía por el muerto usted volverá a sus funciones normales-

Camilo se levanta de su silla esbozando una trémula y débil sonrisa entre sus labios, se pone firme y levanta su mano derecha a la altura de la frente en señal de respeto, da media vuelta y sale del despacho. Desde ese día Camilo quedo en el completo olvido para el gobierno.

Ahora, Camilo quien por proteger intereses ajenos de personas codiciosas y amañadas al poder; -que desde la comodidad de su casa buscan la manera de legislar a favor de unos pocos, o subirse otro poquito el sueldo porque a los pobrecitos no les alcanza la plática ni siquiera para pagar el plan de datos del celular, o que están tan ocupado buscando la manera de

embolillarse unos cuantos milloncitos de un contrato firmado por el estado-. Termino sin trabajo, endeudado y preso, convirtiéndose en un pobre más en un país lleno de pobres, rebuscándose la manera de seguir pagando un abogado que lo defienda de la acusación que le hacen. Puesto que, la madre de la víctima, con todo el sacrificio del mundo, pero con sed de justicia, puso un abogado que a la fecha no ha dejado archivar el proceso.

Y mientras ellos se baten en un duelo jurídico y gastan lo que no tiene en abogados; el que dio la orden sigue -comiendo bien, oliendo bueno, andando en camioneta blindada con escoltas, y buscando la manera de meter un mico en alguna ley que permita joder al país mientras él se embolsilla otros milloncitos. porque por algo lo pusieron en el poder.

Ya para concluir, lo único que les queda a los colombianos después de la sangre que se derramo en el Paro Nacional del 2021 y los anteriores, es la esperanza de poder elegir bien a nuestros próximos dirigentes. Pero, sobre todo que la voluntad del pueblo se imponga sobre los intereses de unos pocos que ven al país como su finca privada y a los colombianos como sus esclavos. Simplemente, nos queda la esperanza que el país tome un nuevo rumbo, alejado de todas las plagas del pasado que tanto daño le han hecho.

Fin...